

Padre, que triste estoy...

Sus gestos eran suaves como la luz del ocaso,  
Sus manos tocaban mi rostro con su dulce mirada  
Estaba pendiente de mí en cada paso  
Mi vida en realidad era soñada.  
Todo iba bien en nuestras vidas  
Éramos felices, y yo lo sabía!  
Era su princesa, me lo repetía.  
Una mil y veces.

Llegó a su mente un día  
La obsesión por los juegos sin medida  
Nadie estaba preparado para este suceso  
¡Menos Yo!, lo confieso. Se jugó el dinero que tenía  
Que mala suerte la mía  
Me esperaba un futuro incierto  
Que ya pronto estaría al descubierto.

Mi padre mentía...

La desconfianza por él no existía  
Hasta que un día tomó de mi cartera  
Un dinero que no le pertenecía  
Fue entonces el final de mis días.  
Ahora su vida gira en torno a la mentira  
Lo niega todo, hasta el aire que respira,  
El no mide las consecuencias  
De perder una hija y sentir su ausencia.

No se cómo obrar de la mejor manera  
Y ser mejor hija, aunque esto me duela  
Sacar fuerzas de donde no las tenga  
Padre, que triste estoy...

María Fernanda Montoya Figueroa

